

Deben inducir á los que presencian el triste espectáculo de las enfermedades, á hacer limosnas á las casas de caridad.

Deben recordar á los que cuidan de los enfermos, que ellos son los auxiliares del Médico supremo.

ENFERMEDADES.—Dios se sirve de las enfermedades para castigar la vida desordenada de los hombres.

Dios se sirve de las enfermedades para manifestar la mala disposición de los malos corazones.

Dios se sirve de las enfermedades para disminuir el número de los perseguidores de los santos.

Véase: ADVERSIDADES,—DOLOR (MISION DEL),—PECADO.

## ENFERMOS.

(VISITA Á LOS)

*Infirmus eram, et venistis ad me.*

Estando enfermo, venisteis á verme.

(MATTH. XXV, 36.)

Las palabras, que acabo de pronunciar, están tomadas de aquella famosa parábola, en que nuestro Señor refiere lo que pasará, cuando venga á juzgar á cada cual según sus obras. Estas palabras serán la fórmula de bendición y de condenación; y entre las obras que han merecido que Dios nos trate con misericordia, se cuentan las visitas hechas á los enfermos. No es mi intención, en este día, pintaros la enfermedad y las razones de visitar á los enfermos, con las circunstancias exteriores que sorprenden los sentidos y que todos sabemos; porque no dudo; que os será de más provecho entrar en el fondo del misterio de la enfermedad, y preguntaros: 1.º *¿qué es la enfermedad?* 2.º *¿cuál debe ser nuestra conducta relativamente á la enferme-*

*dad?* La solución de estas cuestiones formará el objeto de vuestra atención. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. *¿Qué es la enfermedad?* Ved ahí una pregunta que, tal vez, os parecerá completamente inútil. ¡Ah! harto sabemos, por nosotros mismos y por nuestros parientes, por nuestros amigos, por los pobres y por cuanto nos rodea, lo que es la enfermedad. Pero, cuando pregunto lo que es, no pregunto lo que es materialmente, sino lo que es delante de Dios, y, examinándolo, digo, que la enfermedad es una de las más grandes misericordias de Dios, por ser: 1.º *una obra de remision;* 2.º *una obra de educacion;* 3.º *una obra profética.*

La enfermedad es una obra de remision de nuestros pecados, pues Dios ha querido, y esta es la regla de la más simple justicia, que ninguna falta, por muy leve que sea, pueda borrarse sin expiacion, sin que, según la balanza de la justicia de Dios, sea vengada y castigada. Nosotros no podemos, pues, pagar esta deuda á la justicia sino por medio de la expiacion, y la expiacion no es otra cosa que un dolor, es algo que nos hace sufrir, lo mismo que el placer es una cosa que nos hace gozar. La enfermedad es otra de las expiaciones, otro de los dolores que Dios nos envia; es relativa á la índole misma de nuestras culpas, como que la operan y producen nuestros pecados; al paso, que los demás castigos, ó á lo ménos un gran número de los otros castigos de Dios, son producidos exteriormente por circunstancias que no penden de nosotros. Por lo contrario, el pecado obra en nosotros la enfermedad. Cada falta nos hiere, digámoslo así, interiormente, con el dardo de la enfermedad, en los órganos correspondientes que Dios ha designado; y esta herida terrible tendrá á la larga sus consecuencias.

En segundo lugar, la enfermedad es una gracia de educacion. Todas nuestras faltas dimanán del orgullo, y, luego, del apego á las cosas sensibles, de la sensualidad. La enfermedad ataca precisamente nuestro orgullo de la manera más sensible, y nos revela lo poco que podemos y lo poco que somos. Ante la enfermedad, desaparece el orgullo de la salud. ¡Cosa extraña! es tan grande nuestro amor propio, que nos enorgullecemos de hallarnos bien; que cuando nos sentimos libres, activos, poderosos, dueños de nuestros actos externos, nos entregamos involuntariamente á una especie de satisfaccion, que no es otra cosa que un arranque de vanidad y orgullo, en cuya virtud, contentos con nuestras fuerzas, seguros, en cierto modo, de nuestra vida, por un espacio de tiempo determinado, parece que andamos sin

el auxilio de Dios, que no lo necesitamos para vivir. Pero, de repente, y sin que sepamos cómo, Dios nos revela por la enfermedad que no vivimos por nosotros mismos, que no tenemos vida, que no somos la vida, y abate el orgullo de nuestra salud y robustez. Ese hombre, ese sábio, tan engreído con su erudición y capacidad, vése, de pronto, privado de todas sus facultades por una calentura, por un dolor de muelas, por una ligera irritación de la cabeza; no puede hablar, no puede escribir, en una palabra, no puede disfrutar de su talento, como tampoco de su cuerpo. Por consiguiente, ve cuán poca cosa es la vanidad que su talento le infundía.

La vanidad de que nos llena la hermosura es extremada, pues cada uno, en su género, ya en la juventud, ya en la edad madura, ya en la avanzada, tiene en su fisonomía una hermosura que es el reflejo de su alma, y de la que se paga sobradamente. La enfermedad abate este orgullo de la hermosura: nos quita el colorido que tanto nos gustaba, arruga nuestra frente, en una palabra, nos arrebató todo el encanto exterior de la juventud, con el que contamos para brillar en este mundo, y satisfacer á cada paso nuestra vanidad. Ved ahí, como la enfermedad ha anonadado en un momento el orgullo, la belleza, la juventud, el talento, la fuerza, etc.

El jóven más invencible delante de Dios por sus pasiones, así que se siente enfermo, no es ya capaz de percibir de léjos las ilusiones del mal. Al mismo tiempo que pierde las fuerzas, en él queda vencido el mal. Cuanto causaba la desesperación de su alma, aquellas incesantes tentaciones, aquel espíritu que le alejaba de Dios y le impedía pensar en la obra de su salvación, todo eso, lo ha destruido la enfermedad. Así es, que la enfermedad extingue nuestros vicios sensuales.

Dice el autor de la *Imitación: Relinque, curiosa*, pues, casi todo lo venidero no es más que vana curiosidad. Quien mira al tiempo futuro, es un hombre curioso, hábil, político. Y, sin embargo, en lo venidero hay cosas que importa muchísimo saber, y que Dios quiere que sepamos: tales son las cosas espirituales y las sobrenaturales. Al predecirnos grandes acontecimientos, lo ha hecho cuando iban unidos á acontecimientos sobrenaturales; mas, nunca se ha dignado revelarnos el curso de los imperios, únicamente para darnos el gusto de saber la historia anticipadamente. Nos ha revelado, sí, lo que nos importa eternamente, lo concerniente á la salvación, la venida de su Hijo, las catástrofes que amagaban á la Iglesia, el juicio final... Por lo que toca á nosotros, que también formamos un grande imperio, ¿acaso no nos habrá hecho alguna profecía sobre el gran punto de nuestra salvación, de nuestro juicio, de nuestra muerte ó vida eter-

na? ¿Cuál es el grande acontecimiento de nuestra vida? ¿cuál es ese suceso, que siempre debemos tener presente? ¿Acaso nuestro nacimiento, nuestro establecimiento en el mundo? ó una industria, una posición provechosa? No, es nuestra muerte, pues la muerte nos lleva al juicio, al tribunal de Dios. Y Dios ha derramado sobre toda nuestra existencia profecías de nuestra muerte.

¿Cuáles son las profecías de la muerte? Las enfermedades. La enfermedad es una predicación, que nos recuerda, que somos mortales; una predicación, que nos hace tocar á la muerte; una predicación, que nos la hace sentir, que, en cierto modo, nos hace luchar con ella. Ahora bien: ¿qué cosa mejor podemos desear que ser advertidos? ¿Quién de nosotros quisiera morir sin preparación, sin saber la hora de su muerte? ¿Acaso los que rezan las letanías de este nombre no han dicho muchas veces estas palabras: «Señor, líbranos de una muerte imprevista y repentina?» No es tal el deseo del hombre malo, del hombre material; éste quisiera morir sin apercibirse de ello; tiene tanto horror á ese momento supremo, que suele decir, expresando su más vivo deseo: «¡Oh! si yo pudiera morir sin sentirlo! Cuando esté en los brazos de la muerte, nadie turbe mi reposo; déjenme pasar de este mundo al otro, sin que yo lo advierta.» Y esto solo condena al hombre que no es cristiano. Cuando uno no se atreve á mirar la muerte cara á cara; cuando se horroriza de prepararse con dignidad para ese grave trance, puede compararse con un soldado, que se tapa los ojos en el momento de la batalla, que no quiere ver el humo ni la marcha de los escuadrones, que espera la muerte sin conocimiento y sin prevision, por temor de que sus ojos, si la ven, no se cierran y aumenten lo que él toma por horrores. Así es el hombre que no ha pensado, que el momento más hermoso de su vida es morir. Nosotros, pues, que somos cristianos, debemos agradecer á Dios que, en ciertos momentos, nos profetice nuestro fin, nuestra muerte, por medio de las enfermedades que nos envía. Por lo tanto, la enfermedad, como gracia de *expiación*, de *educación* y de *profecía* es nuestra hermana más vigilante y más querida; es una de las cosas más hermosas que Dios ha hecho por nosotros.

2. Las enfermedades reclaman primeramente de nosotros la resignación. La *expiación* de nuestras faltas es lo que ménos aceptamos. Hemos vivido mal, hemos pecado, Dios nos hiere, nos hiere en nuestro orgullo y en nuestros sentidos; lo ménos que le debemos, es la resignación, esto es, una aceptación dolorosa, si quereis, pero, al fin, una aceptación. Este es nuestro primer deber, así que nos ataca la enfermedad. Quien se rebela contra la enfermedad, es un ingrato, es un

cristiano que no sabe nada de la vida espiritual; un ingrato y un insensato á la vez. Es un hombre de mundo, quizá, un hombre de talento, sea; pero, de seguro, no posee los elementos del cristianismo. Si cree poseer la fé, es posible que la tenga; pero seguramente es una fé no educada, que carece de instruccion, de fuerza y espiritualidad; es un mero hábito. Uno es cristiano, cree, tiene, tal vez, bastante fé para salvarse; mas no está profundamente penetrado de las verdades cristianas; no sabe saludar á Dios cuando viene, no sabe doblar la rodilla delante de él. Pero ¿qué sería nuestra palabra, si no nos llevase al terreno práctico? Decimos, pues, que debemos hacer acto de aceptación, luego que Dios nos envia algun mal. ¡La enfermedad! es Dios, nuestro amigo, que viene á visitarnos, y se acerca á nosotros, bajo una de sus formas más misericordiosas.

En segundo lugar, no basta resignarnos, hemos de alegrarnos. Como la enfermedad nos trae un mejoramiento notable, con tal, que sepamos aprovecharla, debemos regocijarnos de ella; no digo un regocijo ostensible, tal cual lo experimentamos por las cosas de la tierra que nos complacen; no os pido que no sintáis dolor, que seáis, contra los padecimientos, lo que ser querian los estoicos, y que digáis, que el dolor no existe: esto es estoicismo, no cristianismo. El dolor es real; pero el dolor, aún sentido, no impide que, en lo más íntimo de nuestra alma, no experimentemos la alegría de Dios. En medio de los más agudos tormentos, y en el fondo de nuestra alma, podemos sentir alegría, alegría espiritual, y esto es lo que debemos demandar á Dios, y procurar conseguir cuando estamos enfermos.

En tercer lugar, siendo la enfermedad una profecía de la muerte, debemos prepararnos inmediatamente para nuestra última hora. Así que la enfermedad nos ataca, debemos pensar que, tal vez, será la postrera, y obrar como si estuviésemos ciertos de que no recobramos la salud, pues, aunque el mal nos perdone por primera y segunda vez, la tercera no nos perdonará. Por lo tanto, hallándonos enfermos, debemos prepararnos, esto es, examinar nuestra conciencia: es el mejor momento para examinarla ante la sombra de la muerte. ¡Cuán diferente es el exámen que hacemos de nuestros años pasados, cuando gozamos de completa salud, del que hacemos cuando nos hallamos gravemente enfermos! ¿Quién de nosotros no pide la posibilidad de confesarse ántes de morir? Ved á los santos: los que purificaron mil veces su conciencia con la más escrupulosa exactitud, no querian morir sin haberse confesado en la intimidad de la muerte, sin que la muerte interviniese entre ellos y su confesor, como tercera persona. Así, pues, el primer deber del cristiano, tan luego como le ataca una

enfermedad, es prepararse para la muerte, haciendo confesion de sus pecados, y dictando sus últimas disposiciones.

Este es uno de los mayores y más solemnes deberes del cristiano. Nuestro deber para con los parientes, en semejante circunstancia, es un deber al que cada día se falta, al que faltan los amigos, aún los más francos. ¿Cuál es este deber del cristiano, respecto de la enfermedad de nuestros deudos? Es advertirles, sabiendo que es una profecía de la muerte; es prepararles, es no aguardar el último momento, cuando, digámoslo así, no conservan más que un resto de sentimiento, para decirles las últimas palabras que pueden salvarles todavía. Ya sabeis cuán mezclados y confundidos andan el mal y el bien en nuestra sociedad. La incredulidad parece que reina donde quiera; pero esto es una ilusion: no hay incredulidad: la incredulidad es una quimera. Cuando conocemos á los hombres, cuando hemos tenido la dicha de verles de cerca, sabemos, que apénas hay un solo incrédulo, que lo sea en la acepcion rigurosa de la palabra. Los más de los hombres han desechado su fé al salir de su primera juventud, arrastrados por los placeres, luego por los negocios, despues por algunas lecturas, y, en seguida, por todo linaje de frivolidades y ocupaciones; pero la fé, creedlo, nunca ó casi nunca se extingue. La fé sobrevive, espera que la mano de la amistad haga en ocasion oportuna las veces de Jesucristo. La amistad, la amistad verdadera, ¿en qué ha de ocuparse, sino en la felicidad de sus queridos y predilectos? Nosotros, pues, que creemos en la felicidad eterna, ¿en qué debemos ocuparnos más, que en hacer felices á nuestros amigos? Ese hermano, ese padre, ese hijo querido, que se pierde lleno de vicios y tal vez de ignorancia, pero que todavía tiene una sangre bendecida desde su cuna, ¿qué necesita para vencer el respeto humano? Una buena palabra, santa, valerosa, como debe saber decirla un cristiano. En semejantes ocasiones, el respeto humano es lo que detiene á muchos.

Termino, exponiendo nuestros deberes para con los pobres. Ya sabeis que la enfermedad añade á la pobreza un dolor agudo; que en la enfermedad necesitamos un sin número de recursos insignificantes, de menudencias delicadas, de que los pobres carecen absolutamente; que necesitamos compañía, atenciones y cuidados, ora *naturales*, ora *espirituales*. Casi nada de esto tienen los pobres. A aquella madre de familia, su marido la ha dejado para ir á trabajar, sus hijos están ausentes, y ella necesita muchas cosas. Ya comprendéis cuán digno de compasion es el pobre en tan triste situacion. ¿Qué hacer, pues? Visitarle. Si vosotros os hallaseis solos en vuestro aposento, enfermos desde tres dias ántes, no teniendo una persona que os cui-

dára, y una mano desconocida llamase á vuestra puerta, os hablara y os prestara auxilios y consuelos, ¿qué sentimiento de ternura y gratitud no experimentarais? Ved ahí lo que debéis llevar al pobre, y por qué Jesucristo bendijo la visita á los pobres, diciendo: *Infirmus eram, et visitastis me.*

Cada día estamos diciendo que, al visitar á un pobre, visitamos á Jesucristo; pero ¿lo creemos de buena fé? Si vinieran á decirnos que Jesucristo está postrado en cama, como estaba clavado en cruz en el Calvario; si vinieran á decirnos, que va á rendir el último suspiro, ¿acaso no iríamos á verle? ¿acaso no caeríamos de rodillas? ¿acaso no besaríamos sus sacratísimas llagas? Veamos, pues, hermanos míos, veamos en cada pobre enfermo á Jesucristo, clavado en un lecho de dolor; él nos espera, y nosotros no vamos á verle. ¿Por qué? porque no queremos dejar nuestras comodidades, ni tomarnos molestia alguna. Finalmente, si nosotros también somos pobres, debemos, á lo ménos, ayudar á los demás en todo lo que podamos. Por poco que sea, demos algo á las personas que visitan á los pobres, démoslo generosamente.

Así debemos conducirnos para con nosotros, con nuestros parientes y con los pobres, durante el gran misterio que lleva el nombre de enfermedad. Yo deseo que este discurso deje en vuestra alma alguna semilla de una caridad diligente y eficaz, á fin de que podáis decir con verdad, en la certidumbre de haber cumplido vuestro deber, las mismas palabras que Jesucristo ha puesto hoy en mi boca: *Infirmus eram, et visitastis me.*

Véase: DOLOR (MISION DEL).

## ENGAÑOS DEL PECADOR.

*Domine, ut videam.*

Señor, haz que yo tenga vista.

(Luc. xviii, 41.)

El demonio lleva los pecadores al infierno, no con los ojos abiertos, sino cerrados: primeramente los ciega, y despues los lleva á penar eternamente en su compañía. Debemos, pues, si queremos salvarnos, orar continuamente á Dios con el ciego del Evangelio: *Señor, haz que vea: Domine, ut videam.* Señor, iluminadme, hacedme ver el camino que debo seguir para salvarme, y no permanecer engañado por el enemigo de mi salvacion. Nada nos interesa tanto, como conocer los innumerables ardides de que se vale el enemigo de nuestra salvacion, para hacernos perder la gracia del Señor, é inducirnos á cometer el pecado; porque, una vez conocidos estos ardides, nos será fácil, con los auxilios que Dios nos dispensa, triunfar de todas las tentaciones. Voy, pues, hermanos míos, á demostraros cuales son estos engaños, con que el astuto enemigo de nuestra felicidad procura inducirnos al mal; y no dudo que, conociéndolos, hareis los mayores esfuerzos para salir victoriosos de cuántos lazos os tiende el demonio para perderos, y, así, las tentaciones, léjos de seros perjudiciales, os proporcionarán una corona más brillante en el cielo. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Para mejor conocer estos engaños, figurémonos un jóven, que, arrastrado de una pasion, vive en el pecado, esclavo del demonio, sin pensar jamás en su eterna condenacion. Hijo mio, le digo yo, ¿qué vida es esa que llevas? ¿Cómo puedes salvarte, si sigues viviendo de ese modo? ¿No ves que caminas al infierno? Pero luego el demonio le dice por otro lado: Y ¿por qué te has de condenar? Sacia, ahora, tus pasiones, que, despues, te confesarás, y así se evitará el peligro. Esta es la red con la que conduce el demonio tantas almas al infierno: *Satisfice tus pasiones, que despues te confesarás.* Mas, entre tanto,